

nales, pero para quien la ignora, las hace aparecer con más carácter de verdad por el gran número de detalles traídos á colación.

UN EMPLEADO COHECHADO.

Como final de las susodichas cartas, agrega el pretendido Dupont que no se le conteste á la Cárcel, sino que avisen por telegrama dirigido á su Secretario, Norberto Raper (nombre también supuesto), lista de Correos, avisando si se deciden á hacer viaje á esta Capital, en donde deberían mandar un nuevo aviso dirigido á su sirviente Agustin Montin (otro nombre supuesto), también á la lista de Correos, porque el "alcaide" de la prisión, con mucho trabajo, se ha prestado á poner la carta en el Correo, mediante la remuneración de dos mil pesos, á causa de que la comunicación es estricta.

LOS PECES TRAGAN EL ANZUELO.

El Sr. Casimiro Mazet, decidido á hacer el negocio, hizo sus preparativos de viaje y al despedirse de uno de sus amigos de confianza, le contó el caso y éste, más desconfiado, lo llevó con el Cónsul de México en los Angeles, para consultarle sobre la autenticidad de los documentos que Mazet recibió. El Cón-

sul desde luego les dijo que tales documentos eran apócrifos puesto que no existía en México tal Tribunal que apareciera dictando la sentencia, así como que el sello impreso al margen de la copia del fallo, era absolutamente falso. Trabajo costó al amigo de Mazet disuadirlo de su intento de viaje, lo que al fin logró, empleando cuantos razonamientos pudo para convencerlo de que trataban de estafarlo.

No sucedió lo mismo con el Sr. J. J. Bauser; que más impaciente que Mazet, sin consultar á nadie, emprendió la marcha para llegar antes del plazo perentorio que se le dió, siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas en las cartas.

EN VIAS DE EJECUCION.

Al día siguiente, de la llegada, Bauser recibió la visita del supuesto Agustín Montin, que no era otro que Miguel Weiner, quien hablándole en correcto alemán le invitó á dar un paseo, conduciéndolo al café de la alameda, sitio donde los esperaba Ramón Soriano Luna ó Díaz, representando el papel de "Alcaide cohechado," y á quien Weiner presentó con Bauser, después de lo cual prosiguieron la conversación en alemán, á fin de que, según Weiner, el Alcaide

no se enterara del asunto.

Weiner explicó á Bauser que el "Alcaide" había extraído del baúl el sobre sellado que le presentó, invitándolo á romperlo, lo que al efectuar puso de manifiesto el cheque famoso y agregando que aunque el cheque ya estaba fuera del baúl, no podía cobrarlo antes de que se descubriera que el "Alcaide" había registrado los baúles, pues la venta era dentro de dos días y en tal virtud, era necesario que aprontara desde luego \$3,000 para comprar los baúles, con lo cual á la vez que redondeaba el negocio, salvaba al Alcaide de la responsabilidad que tenía. Como Bauser manifestara que no llevaba consigo la cantidad, Weiner creyó que aquel desconfiaba de que el cheque fuera bueno y le mostró la copia de un telegrama apócrifo que aseguró haber mandado al Gerente del Banco que se suponía debía hacer el pago, preguntándole el número del referido cheque; así mismo le mostró la contestación del Gerente de "The Bank of America," también apócrifa, en la que se decía que el cheque pagadero á *la vista y al portador*, era bueno y tenía el número 5871, mismo número impreso en el cheque que Bauser tenía á la vista.

Manifestaron los empleados cierta vacilación y uno de ellos, joven, que escribía cerca de la ventana y se llamaba Cavaillon, tomó la palabra y dijo:

—El jefe no está nunca á esta hora.

—Entonces volveré,—dijo Mr. Clameran.

Y salió sin saludar como había entrado.

—No es muy atento el cliente,—dijo Cavaillon;—pero ha tenido poca paciencia, porque aquí está Próspero.

El cajero principal de la casa Fauvel era Próspero Bertomy, joven de unos treinta años, alto, rubio, de ojos azules, esmerado en su porte y sus maneras y vestido con singular elegancia.

Sería en un todo perfecto, sino adoleciese de cierto gusto inglés adoptando un aire de frialdad y de superioridad, que sentaba mal á su fisonomía propia para sonreír.

—¡Ah! ya estais aquí—exclamó Cavaillon.

—Han venido á buscaros.

—Si, si, un fabricante de fundiciones, ¿Verdad?

—El mismo.

—Ya volverá. Como yo no podía venir hoy muy temprano, tengo desde ayer tomadas mis medidas para despacharle.

Próspero entretanto había abierto la puerta de su dependencia y entró cerrando de nuevo con llave.

—¡Me gusta!—dijo otro de los empleados—tiene calma el cajero, el jefe le ha reñido veinte veces porque viene tarde y le hace el mismo caso que amí.

—Hace bien, pues que obtiene cuanto quiere de Mr. Fauvel.

—¿Y cómo ha de venir temprano un hombre que pasa la no-

che en el mayor desorden? ¿No habeis visto la cara que trae? Parece un desterrado.

—Habrá jugado y perdido como el mes anterior: amí me dijo Conturier que en una sola noche perdió quinientos francos.

—No por eso deja de cumplir con su deber—interrompió Cavaillon—y si estuviérais en su lugar.....

Détuvose, porque la puerta de la caja abrió de nuevo y el cajero avanzaba con vacilante paso.

—¡Robado!—balbuceó—¡me han robado!

La fisonomía de Próspero, su voz alterada, el temblor que le agitaba, manifestaban tan profunda angustia, que todos acudieron á él.

Dejóse caer en brazos de sus compañeros y en vista de que no podía sostenerse le sentaron. Todos le rodeaban, todos le preguntaban.

—¡Robado! ¿Como? ¡Por quién!

Poco á poco Próspero iba recobrando las fuerzas,

—Se han llevado—murmuró cuanto tenía en caja.

—¿Todo?

—Sí todo, tres paquetes de billetes de mil francos y uno de quinientos, los cuatro sujetos con una faja de papel.

Con la rapidéz del rayo, la noticia del robo cometido se extendió por toda la casa, los curiosos acudieron y las oficinas de aquella parte se llenaron de gente.

—Pero, veamos,—decía el joven Cavaillon—¿han violentado la caja?

—No, está intacta.....

—Entonces.....